

EL PERISCOPIO

Rosa Palo



INVIERNO EN VERANO

Se desató la tempestad como se desata la ira contenida durante mucho tiempo y borró la línea que separa el mar del cielo y los truenos asustaron a las viejas del pueblo y los toldos empezaron a golpear las fachadas y los pescadores aseguraron sus barcos y el verano se hizo invierno y el día se hizo noche sin necesidad de eclipse y yo le dije a mi santo que el espejismo vacacional había terminado porque el viento que se había llevado las comas de este texto acabaría por llevarnos a nosotros como se llevó a Dorothy hasta el reino de Oz.

Cuando amainó la tormenta, recuperé las comas y retomé la columna. Después, hice las maletas. Los veranos que, de repente, se convierten en invierno y transforman la playa en un lugar inhóspito sirven para facilitar la vuelta a la civilización, es decir, al gimnasio y a la peluquería, las cumbres de la evolución humana.

También sirven para desencadenar desgracias y desastres: unos nuevos y otros antiguos, aún no cicatrizados. La lluvia es tan temida como deseada en estas tierras. Pero, en raras ocasiones, un cielo aterrador puede originar acontecimientos extraordinarios. Una noche de junio de 1816, la bajada anormal de las temperaturas y las precipitaciones torrenciales, provocadas por una nube de cenizas que había llegado a Europa desde un volcán en Indonesia, obligaron a las hermanastras Claire Clairmont y Mary Shelley a permanecer encerradas en Villa Diodati, a orillas del lago Lemán. Junto a ellas se encontraban Percy Shelley, Lord Byron y su médico John Polidori. Para entretenerse, Byron les propuso escribir un cuento de terror. Aquella noche, Shelley alumbró 'Frankenstein', y de la mente de Polidori, el escritor improbable, nació el mito del vampiro moderno. Ojalá los diluvios solo produjeran obras maestras de la literatura.

opinion@diariodenavarra.es

EN CLAVE DE HUMOR

Ramón



LA VENTANA

José María Romera



INERCIA

A los encuentros restaurativos hay que acercarse con coraza protectora. No porque nos pueda alcanzar la metralla, sino por lo fácil que es salir lastimado por los propios prejuicios. Así que procuré ver la cita entre Garrido y Latasa en ese estado de 'epojé' o suspensión provisional del juicio que recomendaba el clásico. José Miguel Latasa es un miembro de ETA arrepentido -sea eso lo que sea-, condenado en 1991 por varios crímenes, entre ellos el de Rafael Garrido, su esposa Daniela Velasco y su hijo Daniel, muertos al estallar una bomba colocada en su coche en pleno Boulevard donostiarra. La explosión causó también la muerte, días después, de María José Teixeira, que pasaba por allí. Fernando Garrido es hijo y hermano de las víctimas. El encuentro entre ambos ocupaba el centro de un episodio de 'Salvados' que incluía entrevistas del periodista Gonzo a cada uno. En un momento de la conversación, Latasa confiesa que a raíz del atentado contra la familia Garrido empezó a plantearse su salida de la banda -él la llama "la organización", a la que aún seguiría perteneciendo por unos años. Entonces Gonzo pregunta por qué no lo hizo en aquel momento, a lo que él responde: "Mi hermana siempre me decía que yo no sabía decir que no". Cuando el entrevistador le muestra su extrañeza ("¿Me estás diciendo que continuabas por inercia?"), él reacciona con gesto ofendido y, mirándole fijamente, le increpa: "¿O no lo entiendes? Está clarísimo". No era un sketch de 'Vaya semana'. Era el relato convencido de un terrorista que, pasado el tiempo, descarga la responsabilidad de sus acciones en la falta de carácter y exige a los demás que sean comprensivos. Como si una mano ajena hubiera guiado la suya hasta el detonador. Como si no tuviera que rendir cuentas de unos pasos macabros porque los dio contra su voluntad, empujado por las circunstancias ("la dinámica te lleva", dice en otro momento). Pensé entonces que, si alguien considerado arrepentido alega que el perro se comió sus apuntes, a los más recalcitrantes entre sus antiguos cofrades se les abre un horizonte de subterfugios, excusas y evasivas de autoindulgencia aún más descabelladas. Va a ser que esto de la reparación, el perdón y la memoria histórica lleva más trabajo del que suponíamos.

Ni colores ni uniformes

Hay algo que todos deberíamos tener claro, y es que cuando un ciudadano está en peligro, no le importa quién lleva el uniforme, sino que alguien acuda, y que lo haga cuanto antes. La seguridad no entiende de colores, uniformes, ni competencias, entiende de personas que necesitan ser protegidas. Desde la Criminología sabemos que la seguridad eficaz no consiste únicamente en actuar cuando el delito ya se ha producido sino también en prevenir, anticiparse al riesgo, reducir las oportunidades para delinquir, responder con rapidez y coordinar los recursos disponibles con el objetivo primordial de proteger al ciudadano. Por eso, la colaboración entre Seguridad Pública y Seguridad Privada es una necesidad que no puede considerarse como algo complementario.

Vemos estos días que, en Ceuta, la Seguridad Privada está presente en colegios, centros de salud, hospitales y acompañando a sanitarios que realizan visitas a domicilio. En un estadio de fútbol sería prácticamente imposible garantizar la seguridad de miles de personas sin la intervención conjunta de la Seguridad Privada y Pública. Lo mismo sucede en estaciones de tren, aeropuertos, centros comerciales, hospitales o grandes acontecimientos. La Seguridad Privada no sustituye a la Pública, pero tampoco puede entenderse hoy una Seguridad Pública eficaz sin contar con ella. Cada uno debe conocer sus competencias, pero también debe conocer las del otro. Coordinarse, comunicarse, compartir información cuando legalmente proceda, establecer protocolos y trabajar juntos no resta autoridad, sino que la multiplica.

En Navarra, la integración de las llamadas de emergencia en el 112 permite coordinar recursos cuando se necesita una respuesta policial. Cuando alguien llama al 112 porque tiene un problema, no pregunta si quien va a acudir son rojos de la Policía Foral, azules de la Policía Nacional, verdes de la Guardia Civil o los otros azules de la Policía Local, sólo quiere que vaya alguien, del color que sea.

La Ley 5/2014, de Seguridad Privada, recoge principios como la legalidad, integridad, dignidad, corrección, congruencia, proporcionalidad y reserva profesional, además de establecer expresamente el deber de colaboración con las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad. Pero las leyes, por sí solas,

no garantizan una buena seguridad. Para conseguirlo hacen falta profesionales preparados, reconocidos y con unas condiciones laborales acordes con la responsabilidad que asumen. También es bueno recordar que la autoridad no está reñida con la humanidad. Un vigilante de seguridad, un miembro de las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado, un policía autonómico, foral, o un policía local son, cada uno desde sus competencias, referencia de autoridad para el ciudadano que necesita ayuda. Por eso debemos exigirles el máximo nivel de profesionalidad, pero también que reciban el respeto y el reconocimiento que merecen. Porque cuando una persona está asustada, herida, desorientada o en peligro, ser escuchada y atendida con dignidad también es seguridad.

Entre los profesionales de la seguridad existe una realidad que pocas veces aparece en los debates y es que no hay tiempo para disputas cuando está en juego la seguridad de una persona. Un policía sabe que mañana puede necesitar la colaboración de un vigilante o de un compañero de otro color y un vigilante sabe que mañana puede ser un policía quien necesite su ayuda. Hoy por mí, mañana por ti, pero siempre por el ciudadano. Además, muchos de estos profesionales se juegan la vida cada día y algunos incluso la han perdido cumpliendo su deber para proteger y salvar vidas de tantos ciudadanos. Gracias a todos.

La seguridad del futuro, del presente ya, debe ser necesariamente una seguridad compartida pública y privada, estatal, autonómica y local. Cada uno desde sus competencias, pero todos caminando en la misma dirección, porque al final, cuando todo lo demás sobra, solo importa una cosa, que cuando un ciudadano necesite ayuda, alguien esté allí, y que llegue a tiempo. Gracias a quienes lo hacen posible. Aunque muchas veces no os lo digamos, los ciudadanos conocemos vuestra profesionalidad y vuestro esfuerzo, valoramos vuestra dedicación y agradecemos vuestra vocación de servicio. Yo, en seguridad, soy daltónico.



Eradio Ezpeleta Iturralde. Criminólogo.

Eradio Ezpeleta Iturralde. Criminólogo.